

# LA CIUDAD COMO EXPERIENCIA: FIGURAS DESDE EL IMAGINARIO SOCIAL

*"Leía la ciudad como si leyera un libro".  
Cees Nooteboom: El día de todas las almas.*

*Por José Beltrán Llavador  
Jose.Beltran@uv.es  
Departamento de Sociología y Antropología Social  
de la Universitat de València*

*Ilustraciones de Diego Manuel  
Rodríguez, aparecidas en el  
dossier N°4 de Revista teína  
([www.diegomauel.com.ar](http://www.diegomauel.com.ar))*

Toda ciudad es una metáfora o, si se prefiere, representa una figura de la realidad. La ciudad es un *topos*, un espacio de socialidad. O lo que es lo mismo, la ciudad es una experiencia. Tal es nuestra propuesta, nuestro punto de partida. Desde la emergencia de las antiguas *polis*, que alumbraron esa suma de incesantes perplejidades a las que damos el nombre de *filo-sofía*, el ser humano no ha cesado de pensarse a sí mismo, en relación con su lugar de pertenencia o de trashumancia, en relación con las ciudades, de una manera urbana, recreándose a través de la imaginación. Lo que hace a un ser específicamente humano es el hecho de ser social. Construimos ciudades toda vez que las ciudades nos construyen. Y si es cierto que somos habitantes de la ciudad, no es menos cierto que *la ciudad nos habita*. De ese proceso queda la huella de los espectros culturales que jalonan nuestro devenir. El imaginario social nos transporta, guiados por Hermes el intérprete, hacia personas y lugares. Hermes el mensajero cruza fronteras espaciales y temporales, recorre geografías físicas y mentales. Del Ulises de Homero al Ulises de Joyce, o lo que es lo mismo, de Ítaca a Dublín.

Una misma ciudad se multiplica tanto como



"Fiesta en la calle" - Diego Manuel Rodríguez

las experiencias de la misma: el Berlín de Lou Reed no es el Berlín de Wim Wenders/Peter Handke y es otro distinto al Berlín de Cees Noteboom, en su excelente *El día de todas las almas*. La Valencia del siglo XIV de Francisco de Eiximenis, filtrada por su sueño de sociedad urbana ideal, ya difiere de

la Valencia más próxima en el tiempo de Rafael Ninyoles, filtrada por la sociología, y nos muestra modulaciones distintas en el recorrido histórico por la ciudad que ofrece Sanchis Guarnier. El nombre de nuestra propia ciudad nos permite un juego de lenguaje: poli-valencias. Una Valencia puede ser muchas Valencias. Una ciudad contiene muchas ciudades.

Variaciones sobre una misma serie, el tema de la ciudad en sí mismo es apasionante, y podría decirse, des-limitado. Los enfoques pueden ser tan plurales que entiendo que es casi inevitable una perspectiva transdisciplinar. Aunque, por cercanía y por deformación, pondremos el acento inevitablemente en una mirada sociológica.

## Ciudades y ciudadanía

Toda metáfora apunta a una realidad a la que refiere, y en ese sentido nos ilustra, nos educa. En el caso de la ciudad, los problemas urbanos en la

actualidad adquieren cada vez mayor importancia por el tipo de repercusiones que tienen sobre las formas de vida de los individuos y de los colectivos. La manera de abordar el fenómeno del urbanismo depende del enfoque que se adopte desde las más variadas disciplinas, cada una de las cuales aporta sus propios análisis, interpretaciones y propuestas. Sobre la realidad urbana se ha centrado la historia, la economía, la demografía, la ecología, la sociología, etc.

Desde las ciencias sociales, la sociología procura comprender las relaciones entre ciudadanía y organización social, así como el papel de los entornos sociales en la construcción identitaria de los sujetos, o los diferentes grados de complejidad de las organizaciones sociales que dan lugar a diferentes categorías como *urbano*, *semiurbano*, *rural*, etc. Una vez más, la larga sombra del funcionalismo se ha hecho notar en los análisis de la realidad urbana, introduciendo nociones y términos característicos que nos ofrecen la visión de la ciudad como una totalidad que funciona con una estrecha interdependencia de sus partes y con una diferenciación funcional de las mismas. Por otra parte, la ecología social de la Escuela de Chicago aportó una visión naturalista de la ciudad, en la que diferentes grupos sociales compiten en la lucha por el espacio.

Desde una perspectiva distinta, el referente marxista ha servido para elaborar una explicación acerca de la producción capitalista del espacio urbano. Este enfoque permitiría el descubrimiento de ciertas regularidades que serían manifestaciones estructurales del conflicto social con repercusión en las formas de utilizar el espacio según el interés de las clases dominantes.

En la actualidad, y con el telón de fondo de la revisión crítica de las ciencias sociales, la investigación acerca del urbanismo pone el acento en el carácter contingente de la sociedad, frente a un tratamiento naturalista del mundo social. Sea como fuere, lo cierto es que las ciencias sociales parten del hecho

significativo que supone el proceso de concentración de la población en las ciudades, un proceso que está dando lugar a una situación inédita en la historia.

De manera sumaria, esta nueva situación se debe en buena medida al aumento en el tamaño de las ciudades y a las repercusiones que esto tiene desde el punto de vista de las relaciones entre ellas y el resto de territorios que las rodean. Las relaciones entre ciudades y territorios se ven alteradas profundamente cuando estos últimos se ven sometidos a procesos de transformación derivados de las “fuerzas centrífugas” que revierten hacia el exterior una parte de las actividades que las “fuerzas centrípetas” tienden a concentrar en ellas. Al respecto existe una abundante literatura que explica la naturaleza de esas fuerzas en términos económicos, sociales o culturales, a partir del deseo de superar la pobreza rural.

Del llamado *urbanocentrismo*, o tendencia a concentrar población y actividades en núcleos urbanos en detrimento del despoblamiento de los pueblos, se derivan también problemas de diferente índole como hacinamiento, especulación del suelo, escasez de vivienda, contaminación atmosférica, debilitamiento de vínculos sociales, intensificación de la violencia, impacto ambiental, etc.

Algunos datos resultan tan sintomáticos como necesarios para comprender el desconcierto que provocan los cambios de las ciudades. Si en 1900 sólo el 10% de la población mundial vivía en ciudades, en el 2000 el porcentaje ya alcanza el 50% y en el 2025 habrá 5000 millones de personas que vivan en las urbes, el 75% de las cuales en países pobres. De las 33 *megalópolis* previstas para el año 2015, 27 estarán en países pobres y sólo una –Tokio– de entre las diez más pobladas en un país rico. Hay casos especialmente angustiosos, como el de Bombay, cuya población se ha multiplicado por cuatro en el transcurso de los últimos 30 años. La mitad de sus habitantes vive en barracas y 700.000 no tienen techo bajo el que cobijarse, situación que es compartida

con 100 millones de habitantes en todo el mundo. Otro ejemplo elocuente lo proporciona el caso de Lagos: si en 1975 la capital de Nigeria tenía poco más de tres millones de habitantes, el año 2000 rondaba los 11 y se estima que alcanzará los 25 para el 2015. En algunas de sus formas de organización es posible detectar la actual irrupción del Tercer Mundo en el Primer Mundo, descubriendo una progresiva *lagoización* de parte de nuestras sociedades opulentas.

En lo sucesivo, las ciudades cobrarán nuevo protagonismo en un escenario global complejo, en el que el viejo continente no competirá sólo con Norteamérica, sino con las ciudades emergentes asiáticas, algunas de las cuales actúan como *ciudades-estado*. Sin duda, la variable demográfica que ha tenido un comportamiento más consistente en los últimos decenios ha sido el creciente grado de urbanización del mundo. En los próximos 20 años, de no variar la tendencia, 2.000 millones de personas nacerán en ciudades de más de 500.000 habitantes y habrá más de 500 ciudades en el mundo con un millón de habitantes o más.

El fenómeno del urbanismo encuentra un punto de inflexión a partir de la Revolución Industrial. El inicio de esta revolución se inició en Inglaterra y se fue afianzando entre 1750 y 1850. Su principal base estaba en el desarrollo de la industria manufacturera, que facilitó la generalización del uso de la máquina para reducir tiempos y costes de producción. Más adelante, fue la siderurgia la que produjo un impacto decisivo, ya que repercutió en todo el sistema industrial posterior y, en gran medida, lo hizo posible. Así, una serie de mejoras técnicas en hornos y sistemas de fundición permite obtener un hierro de alta calidad, y sustituir los viejos materiales por el nuevo producto. Piénsese en la importancia del ferrocarril, que se añadía a las transformaciones del transporte que ya habían comenzado a darse. Estos cambios produjeron alteraciones profundas en las coordenadas espacio-

temporales tradicionales, modificando las relaciones de dependencia entre áreas urbanas y rurales. Todos estos cambios, que irradiaron a Europa y América, contribuyeron a modificar las organizaciones sociales

de los seres humanos, sus relaciones con el territorio y la concepción de la urbanización.

En efecto, la industrialización tuvo enormes repercusiones sobre la configuración de las ciudades. En ellas se instalaron las fábricas, todo ello provocó amplios movimientos migratorios, dando lugar a un éxodo progresivo del campo a la

ciudad. Las ciudades, pues, atrajeron a la industria y la industria hizo crecer a las ciudades. A modo de ilustración, Londres pasó entre 1790 y 1841 de un millón de habitantes a más del doble.

La filosofía social que imperaba era el liberalismo, que suponía la aceptación del principio del *laissez faire*. Adam Smith propugnaba que no había que producir ninguna interferencia en el desarrollo espontáneo del sistema económico, pues así se incrementaba la productividad. David Ricardo sostenía que la persecución del beneficio privado está a la base de la consecución del bien común. En consonancia con estas ideas, el desarrollo de las ciudades tuvo lugar en aquellos momentos sin controles ni directrices de ningún tipo, siendo resultado de operaciones privadas guiadas por la obtención del máximo beneficio, tanto para la instalación de fábricas como para la creación de barrios obreros. Como resultado de todo ello se produjo una degradación tanto del espacio urbano como del medio ambiente circundante, fenómeno del que encontramos abundantes ejemplos elocuentes en la literatura. Raymond Williams ha dedicado una magnífica monografía sobre todo ello denominada



"Edificio contento" - Diego Manuel Rodríguez

*Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*, en la que se estudian las correspondencias de la comunidad-conciencia: espacio social y espacio mental. Frente a este panorama, hay que señalar que al mismo tiempo iba emergiendo una ciudad burguesa que iba enriqueciéndose en este contexto social y económico, dando lugar a otra escenografía diferentes de la apuntada. También desde la literatura puede acudir al sugerente relato de Mark Twain: *El hombre que corrompió a una ciudad*.



"Catedral asustada" - Diego Manuel Rodríguez

En cualquier caso, interesa subrayar que, como apunta Fernando Terán (1985), el proceso que tuvo su punto de arranque en la Revolución Industrial, lejos de detenerse, se ha acelerado, dando lugar a nuevas y más profundas transformaciones en las formas de vida de los seres humanos. Ciertamente, la mejora de las condiciones de vida e higiénicas ha tenido como consecuencia principal el descenso de la mortalidad y la aceleración del crecimiento de la población mundial. Frente a lo que sucedía antes de 1850, cuando ningún país tenía una población urbana superior a la rural, en la actualidad la población tiende a ser cada vez más una población urbana, si bien la industria ha dado paso a la oficina, y las principales actividades de orden burocrático, comercial y político-administrativo tienden a concentrarse en las grandes urbes.

De nuevo la intensificación y perfeccionamiento de la técnica vuelve a alterar las coordenadas espacio-temporales que habían comenzado a transformarse al iniciarse la Revolución Industrial. El aumento de la velocidad y el incremento de las redes de comunicación comportan una nueva relación entre campo y ciudad, quebrándose definitivamente la antigua dicotomía entre el primero y la última. Todo ello supone un doble pauta en el proceso, la primera de las cuales se materializa

en una superposición y concentración de actividades y población en espacios reducidos, mientras que la segunda da paso a lo que se conoce como "explosión urbana" o urbanización de zonas periféricas y absorción de núcleos rurales cercanos. Este tipo de metamorfosis urbana se manifiesta en una compleja interdependencia entre ciudad y núcleos menores, así como entre vivienda y trabajo, dando lugar a configuraciones características conocidas como *áreas metropolitanas*.

Un número considerable de reflexiones procedentes de la urbanística contemporánea se centran en el problema de la construcción de la *comunidad*. La idea de comunidad ya había sido objeto de investigación desde 1887 por el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies, que afirmaba que la comunidad es una forma genuina y perdurable de la convivencia, y que debe su aparición a la tendencia de cohesión que vincula a los individuos a través de relaciones primarias. Cuando una sociedad se agranda excesivamente, sostenía este autor, la comunidad se debilita. La importancia de conservar y revitalizar los lazos comunitarios es una idea recurrente en el pensamiento social. Recordemos como Durkheim analizó las formas de solidaridad e integración de los individuos en los grupos sociales que permitieran una *socialidad* que no fuera meramente mecánica o instrumental. Por otra parte, la ecología social, como ya vimos, daba preeminencia a la relación que el grupo primaria mantenía con el espacio en el que desplegaba su vida. De esta concepción surge la idea de *unidad vecinal*, para referirse a una comunidad localizada espacialmente, considerándose el elemento básico del tejido urbano y de la estructura social.

Más allá de estas nociones en clave urbanística, la ciudad, mirada sociológicamente, se ha convertido en una metáfora generadora de reflexiones y de imaginación sociológica con la que repensar el

concepto de ciudadanía y de comunidad. Desde el género de las utopías reformistas que trazaban ciudades ideales como alternativas a las formas de organización social y de vida dominantes (recordemos el *Viaje a Icaria*, de Cabet, en 1840, o *Hygeia*, de Richardson en 1876), hasta la filosofía que reinterpreta la ciudad como escenario para pensar la alteridad, pasando por las ciencias sociales que se sirven de la idea de ciudad para refundar la categoría de ciudadanía, una categoría que aun con precedentes importantes está encontrando un revival en la actualidad, un revival que puede acabar quemando o desvirtuando buena parte de su contenido más vigoroso, más social. También aquí cabe mencionar el interés que ofrece la idea de ciudad desde los estudios culturales (Williams, R.: 1997). A modo de ilustración sobre la recreación de estos conceptos, Pietro Barcellona sostiene en *Postmodernidad y comunidad* (1996: 125) que “el problema de la vinculación social y, por consiguiente, de la determinación de los fines comunes no es, en absoluto algo nostálgico, sino una urgencia nueva que puede enfrentarse incluso a partir de la historia dramática que hemos vivido y de los nuevos saberes que se han desarrollado también como consecuencia de las nuevas contradicciones.” Por su parte, Vázquez Montalbán (1998: 95) reclama “una lectura crítica de la ciudad que se nos ha entregado”, porque, refiriéndose a nuestro propio contexto social contemporáneo, “descubrimos al final de la construcción de la ciudad democrática, que hemos llegado a una situación de libertad vigilada, en la cual el Gran Hermano ya no es el Gran Hermano de la utopía de Orwell de 1984, sino ese variable tanto por ciento de la ciudad, el que escribe, el que lee, el que tiene conciencia de lo que ocurre y dispone de pautas e instrumentos para imponer su conducta y para sobrevivir, prescindiendo impunemente de saberes, opiniones, necesidades de mayorías disgregadas, invertebradas, sin posibilidad de ser un nuevo sujeto histórico de cambio que pusiera de nuevo artes y letras al servicio del conocimiento de lo que nos pasa y de lo que no nos pasa.”

## La ciudad como experiencia

Mientras tanto, seguimos pensando y expresando la ciudad. Si la sociología constituye un ejercicio de autoconciencia de la ciudad, la reflexividad sociológica nos muestra cómo el pensamiento y la acción se refractan constantemente, de manera que al pensar la ciudad ya estamos alterando sus parámetros. Pensar la ciudad es recrearla culturalmente, o lo que es lo mismo, llevar a cabo un conjunto de prácticas significantes. De ese modo, la ciudad también es correlato, narración, memoria y metáfora viva de cuanto acaece. Contamos la ciudad toda vez que la historia nos cuenta y se convierte en *acontecimiento*, en espacio vivido, en experiencia.

Asomémonos o la galería de arte de nuestra historia, y podremos visitar un vasto catálogo de geografías urbanas: desde los primeros renacentistas hasta la conquista de la perspectiva, de la profundidad. Más próximos a nosotros, el futurismo procura capturar el ritmo y la velocidad de nuestra época, y la Bauhaus traza una nueva cartografía para la ciudad convertida en razón geométrica. Benjamin Palencia traduce la luz de Altea, y Paul Klee hace de las ciudades del norte de África un juego colorista de geometrías y sugerencias. *Mirar*, eso es lo que nos propone John Berger en el libro del mismo título, y aprender a mirar la ciudad como lo hacen algunos pintores, así nos lo cuenta en el capítulo “Ralph Fasanella y la ciudad”. Del mismo autor resulta un título ya obligado su *Modos de ver*. Qué ver y cómo ver: desde la pintura clásica hasta los códigos de la publicidad: iconos, señales de humo en la gran ciudad, signos de advertencia que por eso mismo no nos pueden pasar inadvertidos, todo un lenguaje cifrado que hemos de saber reconocer. No pocas lecciones recibimos de Walker Evans cuando nos pasea por personas y lugares con su máquina ciclópea, y Sebastiao Salgado se convierte en el testigo incómodo de la errancia y el exilio forzados de los desposeídos de la tierra.

En el cine, la ciudad también cobra un relieve

singular. No son pocas las películas que rinden homenaje a las ciudades y las convierten en protagonistas, contenidos y no meros continentes. El catálogo es amplio, y nuestra pretensión aquí no puede ser exhaustiva, pero recordemos tan sólo monumentos como *Metrópolis* de Fritz Lang; *Roma, ciudad abierta*, de Rossellini; *Ciudadano Kane*, de Orson Welles; *La ciudad blanca*, de Tavernier; *Fat city*, de Huston; el periplo *Paris-Texas*, de Wenders; *Manhattan*, de Woody Allen, y un largo etcétera. que dibuja toda una arquitectura de celuloide: tiempo en movimiento más allá del instante congelado de la fotografía. Entre uno y otro, tenemos las *con-secuencias* del cómic, esa otra forma de artesanía, cuyas tiras nos transportan a los escenarios de la infancia, y nos desplazan a ciudades reales o inventadas. Cuenta Michel Serres en su sugerente *Atlas* cómo llegó a emprender un viaje a la ciudad de Lasha incitado por la lectura de *Tintín en el Tibet*. Otro *Atlas*, un díptico literario y fotográfico por laberintos y piedras, ciudades y palabras, es el que nos ofrecen Borges y María Kodama para finalizar con un corolario que no tiene desperdicio: “Así, por un haiku, la especie humana se salvó.” La mayoría, con menos fortuna, se tienen que conformar con visitar las ciudades miniaturizadas a imagen y semejanza de cómics o dibujos animados, convertidos en una suerte de modernos liliputienses. Sólo que la ciudad jibarizada en una multiplicidad de parques temáticos, y ejemplos no nos faltan, puede acabar degradando lo que puede ser un saludable ejercicio de imaginación en una “irresponsabilidad organizada”: simulacros con los que fundir y confundir la realidad social con un *show* televisivo, lo público con lo publicitario, lo cívico con lo cínico. En ese sentido, no deja de ser irónico que el proyecto más emblemático de nuestro gobierno conservador se cifre en la creación de un espacio de ocio y negocio denominado “Terra mítica”.

La navaja de Occam recomienda “no multiplicar los entes innecesariamente”. Cuando nuestras ciudades se fragmentan en distintas ciudades –ciudad de la justicia, ciudad de las artes y las ciencias,

ciudad del cine- quienes las habitamos también comenzamos a quebrarnos, a fracturarnos, a dividirnos: se rompen los lazos sociales, se deshacen los mimbres de la ciudad social. Rota la imagen de la ciudad, roto su suelo social, la ciudad deviene una pieza en fuga, pierde *id-entidad*. Ya desde finales de los 60 nos advertía de esa degradación Bertrand de Jouvenel en *Arcadia. Ensayos para vivir mejor*, cuyos análisis no han perdido vigencia y tendríamos que recuperar del limbo de los anaqueles de las librería de lance. Las ciudades huyen de sí mismas en una carrera ciega. Paul Auster, singular retratista de las ciudades (léase, entre otras “La ciudad de cristal” en *La trilogía de Nueva York* –por cierto, con una lograda versión en cómic- o el guión de la película *Smoke*) ha escrito en *El país de las últimas cosas* una alegoría de la fugacidad hostil de nuestras ciudades, que hace irreconocibles las calles en las que nacimos o que pisamos no hace tanto, amenazando nuestra propia escala de la realidad, o lo que es lo mismo, nuestra cordura, nuestra cordialidad, las cuerdas con las que nos enredamos unos a otros, tejiendo redes que nos dan libertad. Ya Bertolt Brecht nos anticipó este especie de apocalipsis cotidiano en *Grandeza y decadencia en la ciudad de Magogony*, y en su notable poema *Parábola de Buda*. También Italo Calvino diagnosticó que la velocidad era uno de los signos de nuestro tiempo, y por ello alzó toda una cartografía imaginaria con la que reinventar la realidad en *Las ciudades invisibles*, una obra convertida en objeto de culto y que cuenta con una cada vez más nutrida población de aquellos que Umberto Eco calificara como *lector(es) in fabula*. No hay más que consultar la red para dar fe de todo ello. Y hablando de redes: la web también nos ofrece habitats virtuales, y ya está alzando toda una nueva arquitectura del aire –como la música– que sin duda alterará los parámetros de nuestros modos canónicos de pensar las ciudades. Como modernos argonautas, de momento navegamos aún perdidos en los procelosos mares digitales o analógicos en busca del vellocino de oro: sólo que a nuestra empresa ya no se le califica de *utopía* sino de *e-topía*.

Mientras tanto, y para no perder de vista el principio de realidad, aun sabiendo que “el mapa no es el territorio”, podemos recomendar al menos dos primeras lecturas, como mera invitación a recordar y a reconstruir la ciudad. En primer lugar, desde la antropología, se puede tener en cuenta el ya clásico (pero relativamente reciente: 1984) de Julio Caro Baroja *Paisajes y ciudades*. En segundo lugar, en el terreno del análisis social y político, un librito tan riguroso y claro en su exposición como necesario en tiempos de indigencia y rebajas ideológicas, es el de Barry Clarke, *Ser ciudadano*, que propone, entre muchas otras cosas, la configuración de una nueva *polis*.

Sin que responda a un orden de prelación, sino más bien a meras afinidades electivas, pueden visitarse también propuestas como las siguientes: Un libro que además de ser un tratado de antropología es una joya literaria es *Tristes Trópicos* de C. Lévi-Strauss, en el que se nos invita a conocer las otras ciudades. El autor no ha vuelto a escribir nada igual desde el punto de vista estilístico, pero este título -y dentro de este quizá algunas páginas, algunos pasajes como los de las últimas páginas- basta para justificar el resto de su obra. En el año 2002 se cumplió el cincuenta aniversario de la muerte de George Santayana, ese *rara avis* tan injustamente desconocido entre nosotros. Con tal motivo, Trotta ha presentado una nueva edición de su trilogía autobiográfica titulada *Personas y lugares*. Una obra cosmopolita en la que el autor recoge la atmósfera de muchas de las ciudades que conoció y en las que vivió.

Siguiendo con la filosofía, y por apelar a títulos cercanos, del primer Eugenio Trías, escogemos *El*

*artista y la ciudad*. Con un registro diferente Victor Gómez Pin aborda *El drama de la ciudad ideal*. Como telón de fondo de ambos, Platón y el sueño roto de su *República*.

De nuevo desde las ciencias sociales es necesario acudir al clásico de T. H. Marshall: *Ciudadanía y clase social*, revisado por Tom Bottomore. Un sociólogo que ha creado escuela es Jesús Ibáñez, del que sugerimos, a los propósitos que nos conciernen, su póstumo *Por una sociología de la vida cotidiana*. Y un politólogo que nos ayuda mucho en nuestra singladura es Ignacio Ramonet con su capítulo “las ciudades al asalto del planeta” en *Un mundo sin rumbo*. Como curiosidades, podemos leer a modo de prognosis *Telépolis* y *Cosmopolitas domésticos*, de Javier Echevarría. Y más allá de la especulación sobre futuribles, la



“Calle doblada” - Diego Manuel Rodríguez

reflexión comprometida, que nos sirve para reunir recursos para el viaje de la esperanza, en un libro propositivo como *Ciudadanos siervos*, de Juan Ramón Capella, editor infatigable de la revista *Mientras tanto*. Sobre la crisis que nos aqueja, una obra de un escepticismo bien temperado es la del sociólogo alemán Ulrich Beck: *Políticas ecológicas en la edad del riesgo*, entre otros títulos de su notable *work in progress*. Siempre recomendable, Eduardo Galeano, y en especial su más reciente *Patatas arriba*, *La escuela del mundo al revés*, que nos muestra la otra cara de nuestras ciudades, el falso decorado de cartón piedra de nuestras

realidades.

Y por último, para una literatura de la sociología, que sin duda haría las delicias de Wright Mills puesto que ilustra de una manera elocuente su noción de imaginación sociológica, sugerimos la lectura sin prisas, con *tempo* lento, a contracorriente pues de nuestro propio momento, del último Cees

Nooteboom: *El día de todas las almas*. Una cita de este autor nos servía para enmarcar la ciudad como experiencia, y una nueva cita del mismo autor nos va a permitir una tregua momentánea para proseguir aprendiendo las lecciones de la ciudad: “Un ahora en Berlín y un entonces en Ítaca que se había gastado en un instante como un ahora, engañándole así; el ahora de este instante se había disfrazado de un lugar de entonces, como sucedió también cuando estuvieron allí gracias a la fuerza de aquel poema.” Si una ciudad actúa como un coro que acompaña y explica a los actores sociales, esperamos que otra voces, otros ecos, puedan sumarse desde aquí a nuestra propia voz, “porque un poema no se habrá acabado hasta que no lo haya leído o escuchado el último de los lectores.”

### *Invitación a leer la ciudad como un libro*

- Ascher, F.: “La metápolis” (en *El País*, 15-1-01).
- Barcellona, P.: *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Madrid, Trotta, 1996, 2ª ed.
- Benevolo, L.: *Orígenes de la urbanística moderna*. Madrid, Blume, 1979.
- Bettin, G.: *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona, Gustavo Gili, 1982.
- Borja, J.: *Estado y ciudad*. Barcelona, PPU, 1988.
- \_ et al., eds.: *Las grandes ciudades en la década de los noventa*. Madrid, Sistema, 1990.
- \_ y Castells, M.: *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Taurus, 1997.
- Calvino, I.: *Las ciudades invisibles*. Madrid, Taurus, 1992.
- Capel, H.: *Capitalismo y morfología urbana en España*. Barcelona, Los libros de la Frontera, 1981.
- \_ *Estudios sobre el sistema urbano*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1982.
- Castells, M.: *La cuestión urbana*. Madrid, Siglo XXI, 1976.
- \_ *Sociología del espacio industrial*. Madrid, Ayuso, 1979.
- \_ *Crisis urbana y cambio social*. Madrid, Siglo XXI, 1981.
- \_ *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid, Alianza, 1986.
- \_ *La ciudad informacional*. Madrid, Alianza, 1995.
- Chueca-Goitia, F.: *Breve historia del urbanismo*. Madrid, Alianza, 1968.
- Davis, Mike. “Urbanismo mágico: los latinos reiventan la gran ciudad estadounidense”, en *New Left Review*. N. 3. Madrid, Akal.
- De Jouvenel, B.: *Arcadia. Ensayos para vivir mejor*. Venezuela, Monte Ávila, 1969.
- Echevarría, J.: *Cosmopolitas domésticos*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Esteban, A. de: *Las áreas metropolitanas de España*. Madrid, CIS, 1981.
- Fernández Durán, R.: *Transporte, espacio y capital*. Madrid, Nuestra Cultura, 1980.
- Gaviria, M.: *Campo, urbe y espacio del ocio*. Madrid, Siglo XXI, 1971.
- Gómez Pin, V.: *El drama de la ciudad ideal*. Madrid, Taurus, 1995.
- Harvey, D.: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid, Siglo XXI, 1989.
- Iribas, J. M.: “El siglo de las ciudades”, *El País*, 9 de octubre de 2000, 23 (separata Extra).
- Jones, E.: *Metrópolis*. Madrid, Alianza, 1990.
- Keller, S.: *El vecindario. Una perspectiva sociológica*. Madrid, Siglo XXI, 1975.
- Leal Maldonado, J. y Cortés Alcalá, L.: *La dimensión de la ciudad*, Madrid, CIS, 1995.
- Ledrut, R.: *Sociología urbana*. Madrid, IEAL, 1987.
- Lefebvre, H.: *De lo rural a lo urbano*. Barcelona, Península, 1981.
- \_ *El derecho a la ciudad*. Barcelona, Península, 1982.
- \_ *El pensamiento marxista y la ciudad*. Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, 1983.
- \_ *La revolución urbana*. Madrid, Alianza, 1983.
- Morris, D. y Hess, K.: *El poder del vecindario. El nuevo urbanismo*. Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- Moya, C.: *De la ciudad y su razón*. Madrid, Cupsa, 1977.
- Nooteboom, C.: *El día de todas las almas*. Madrid, Siruela, 2000.
- Paneri, Ph. et al.: *Elementos de análisis urbano*. Madrid, IEAL, 1984.
- Perulli, P.: *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades*. Madrid, Alianza, 1995.
- Rapoport, A.: *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- Riessman, L.: *El proceso urbano*. Barcelona, Gustavo Gili, 1972.
- Sánchez Jiménez, J.: *Del campo a la ciudad*. Barcelona, Salvat, 1985.
- Terán, F. de: *Ciudad y urbanización en el mundo actual*. Madrid, Blume, 1969.
- \_ *Planeamiento urbano en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1982.
- \_ *El problema urbano*. Madrid, Salvat, 1985.
- Trías, E.: *El artista y la ciudad*. Barcelona, Anagrama, 1983, 2ª ed.
- Vázquez Montalbán, M.: *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona, Crítica, 1998.
- Weber, M.: *La ciudad*. Madrid, La Piqueta, 1983.
- Williams, R.: *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*. Madrid, Debate, 1997.